LA GRAMÁTICA DE LA FE

Colección “Meditaciones“

ROBERTO PASOLINI

LA GRAMÁTICA DE LA FE

1ª edición: diciembre 2026

Título original de la obra:
La grammatica della fede
© 2026 Edizioni San Paolo
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milán)
www.edizionisanpaolo.it.es

Traducción: *Enrique Pacheco*
Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2026 Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-719-3
Depósito legal: M-28.613-2026

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Introducción
El nuevo lenguaje del espíritu

Vivir en Cristo es como expresarse
en el lenguaje revolucionario del amor.
Una verdadera *gramática*
que vale la pena verificar y asimilar.

En nuestra vida de fe, con todas sus luces y sus sombras, podemos profundizar desde muchos puntos de vista. Considerarla una gramática significa concebirla como un lenguaje que de cuando en cuando conviene verificar y profundizar para podernos expresar de la mejor manera posible y para poder expresar lo mejor de nuestra humanidad.

Del mismo modo que empezamos a hablar desde pequeños escuchando e interactuando con los demás, esbozando los rudimentos de esa capacidad comunicativa que acabará acompañándonos durante toda nuestra existencia, así también empezamos a creer en Dios acogiendo y asimilando los signos que nos ofrecen la religión y la cultura del lugar donde comienza a formarse nuestra personalidad.

Sabemos bien lo útil que resulta introducir esta experiencia originaria en los itinerarios de una formación

compartida (escuela, universidad), donde nuestras capacidades lingüísticas maduran y se afinan. Es lo que sucede también en el camino de la fe, por medio de los itinerarios de iniciación a la práctica religiosa y a la experiencia de los sacramentos. Las vías institucionales con las que comenzamos a desarrollar nuestras capacidades nos pueden ofrecer estímulos, pero dejan al descubierto muchas otras exigencias personales que luego debemos alimentar, buscando puntos de reflexión que nos permitan entender con una renovada consciencia lo que ya estamos viviendo.

Estas consideraciones nos llevan a pensar que es necesario asumir la fe precisamente como un lenguaje que ya tenemos en los labios todos los días y que, del mismo modo, tiene que perfeccionarse día a día para poder manifestar toda la riqueza y la complejidad de la vida nueva según el Evangelio.

Tradicionalmente se divide a los lingüistas en dos facciones: los *innatistas*, para los cuales cada persona tiene una facultad del lenguaje congénita (gramática universal) que se va definiendo a lo largo de la existencia; y los *empiristas*, que subrayan principalmente las diferencias individuales que se dan en la adquisición y elaboración del lenguaje.

Para los cristianos, estas posiciones no están en absoluto contrapuestas. La vida bautismal es un tesoro infundido por gracia del Espíritu Santo. La teología habla de ello como de una dignidad indeleble e indiscutible que hace de nuestra humanidad el lugar en el que la imagen

de Dios se quiere manifestar. De igual manera, esta facultad ha de ser personalizada para poder adquirir los matices y la singularidad de cada persona, única a los ojos de Dios. Quitarle el polvo a este don y recuperar esa responsabilidad son los objetivos específicos de las páginas de este libro.

I. Las palabras

1. Las palabras como signos

Las palabras son herramientas necesarias
para vivir y alimentar nuestras relaciones humanas.
Pueden resultar vacías o llenarse de vida nueva.

En los pupitres del colegio hemos aprendido que cada palabra es un signo lingüístico que pone en relación una combinación de sonidos o de letras (el *significante*) con una imagen mental evocada por esa combinación (el *significado*).

Por ejemplo, si escribo *pan*, compongo una combinación de caracteres capaz de indicar un «alimento que consiste en una masa de harina, por lo común de trigo, levadura y agua, cocida en un horno y elaborada en distintos formatos», que constituye su significado. Sin embargo, el significado de la palabra *pan* no es el pan en cuanto tal, sino solamente la representación mental que tenemos de él a partir de la experiencia o del sentido común.

La realidad última a la que las palabras se refieren es, además, un objeto real (el *referente*). La gramática nos enseña que las palabras se llaman *llenas* cuando se refieren a algo real; en caso contrario se las llama *vacías*.

Tanto en la vida como en la fe, necesitamos usar y escuchar precisamente este tipo de palabras, llenas de referencias a la realidad y a sus significados manifiestos u ocultos.

Sin embargo, no pocas veces tenemos la fuerte impresión de que muchas de las palabras con las que nos medimos son vacías. Tal vez incluso vanas. Es muy doloroso darse cuenta de esta inconsistencia, que experimentamos cuando pasamos el tiempo recorriendo información fútil o, peor aún, cuando nos damos cuenta de que nuestras relaciones se están volviendo superficiales, envoltorios carentes de sustancia y de fidelidad.

¿Por qué caemos tan fácilmente en esta odiosa forma de hipocresía, recurriendo a palabras vacías, en lugar de mostrarnos a los ojos de los demás por lo que realmente somos?

Ante todo porque, cuando se trata de reconocer y manifestar nuestros defectos y nuestros errores, todos nos volvemos de repente un poco disléxicos, por miedo y por vergüenza. Además, porque nuestra madurez de fe no siempre tiene la fuerza suficiente para expresarnos «con palabras de Dios», según la feliz expresión del apóstol Pedro (*1 P* 4, 11).

No se trata, evidentemente, de caminar Biblia en mano, desgranando a derecha e izquierda citas doctas y expeditivas sobre la verdad de Dios, para mostrarnos a los demás maduros y espirituales. Más bien consiste en aprender de Dios a hablar de modo sencillo, aceptando

que debemos y podemos decir «sí, sí» cuando la realidad es buena e invoca nuestra gratitud, y «no, no» cuando necesitamos pedir perdón o rechazar la fascinación del mal, como enseñó Jesús en el Evangelio (*Mt* 5, 37). Purificar el lenguaje de los excesos es el arte necesario para reaccionar y partir siempre de lo que somos nosotros y de lo que son también los demás. En la libertad de los hijos de Dios.

2. Denotación y connotación

Los términos no sirven para indicar solo
lo que se ve y lo que se oye.
Desvelan también niveles más profundos
en los que nos sumergimos en la vida de Dios.

En el día a día ocurre a menudo que no logramos entendernos. Ocurre cuando estamos solos y reflexionamos sobre nuestra vida. O cuando hablamos entre nosotros y nacen de repente resentimientos e incomprensiones. Pero también cuando nos ponemos a dialogar con Dios a través del difícil arte de la oración.

Los motivos pueden ser muchos y de naturaleza muy diversa. Uno de ellos merece que lo observemos y comprendamos de cerca. Se trata de la escasa actitud para saber pasar del sentido más inmediato que las palabras expresan (*denotación*) al más figurado, que tanto necesitamos para vivir y para tejer relaciones (*connotación*).

El lenguaje, ciertamente, no es nunca un simple contenedor neutro de significados. Es un lugar vivo, dinámico, en el que se pone en juego nuestra capacidad de interpretar el mundo, de expresar lo que sentimos, de entrar en relación con los demás. Cuando nos quedamos

anclados en el significado literal de las palabras, corremos el peligro de perder toda la riqueza de su poder evocador, y nos encontramos como desligados de un nivel más profundo de la experiencia.

Por ejemplo, si le digo a alguien: «Eres una calamidad», no estoy realmente comparando a mi interlocutor con una «desgracia o infortunio que alcanza a muchas personas». De igual modo, si me dicen: «Eres un tesoro», no se me ocurre pensar que me ven como un cofre lleno de monedas de oro. La mayoría de las veces somos capaces de gestionar este nivel simbólico que el lenguaje tiende a asumir. Es más, hacemos de él un uso consciente para dar color y calor a nuestros intercambios verbales. Las metáforas, los modismos, las imágenes poéticas hacen más humana la comunicación. Nos ayudan a compartir algo de nosotros mismos que en muchos casos no sabríamos decir de modo directo.

Sin embargo, debemos reconocer que, cuando la vida se presenta más complicada y difícil de lo que sabemos decir o entender, nos sentimos no pocas veces perdidos, confusos y mudos. Como cuando Jesús repartió los panes para las multitudes y luego los reprendió porque lo seguían solo por haberse saciado, no porque hubieran visto en aquel pan partido el signo del amor: en efecto, el lenguaje simbólico de la fe requiere ojos entrenados, corazón disponible, oídos capaces de escuchar más allá de las apariencias. Requiere tiempo, silencio, deseo de ir más allá.

Quizá podríamos estar más atentos a esos momentos en los que las cosas y las personas se vuelven como palabras que ya no sabemos comprender. Quizá no se trate simplemente de una fragilidad nuestra, sino de un nuevo umbral que se nos pide que crucemos. ¿Y si fuera Dios quien nos estuviera haciendo pasar de un sentido más superficial a uno más profundo, para entrar de lleno en una nueva dimensión de la vida de sus hijos? Quizá, precisamente cuando las palabras parecen faltar, es ahí donde nace la posibilidad de un lenguaje nuevo a base de verdad, escucha y amor.

Índice

Introducción: El nuevo lenguaje del Espíritu 5

I. Las palabras
1. Las palabras como signos 9
2. Denotación y connotación 12
3. Sinónimos y antónimos 15

II. Los signos de puntuación
4. El punto 19
5. El punto y coma 22
6. Los dos puntos 25
7. La coma 28

III. El verbo
8. El motor de la vida 31
9. Los verbos auxiliares 34
10. Los verbos modales 37
11. Las conjugaciones 40
12. Verbos activos y pasivos 43
13. Los verbos reflexivos 46
14. Forma transitiva e intransitiva 49
15. Los verbos irregulares 52

IV. Los tiempos
16. El presente 55
17. El pretérito imperfecto 58
18. El pasado 61
19. El futuro 64

V. Los modos
20. El indicativo 67
21. El subjuntivo 70
22. El condicional 73
23. El imperativo 76

VI. El nombre
24. Común y propio 79
25. Individual y colectivo 82

VII. El artículo
26. Determinado 85
27. Indeterminado 88

VIII. El adjetivo
28. Calificativo 91
29. Relacional y posesivo 94
30. Comparativo 97
31. Los superlativos 100

IX. Los pronombres
32. Personales 103

33. Demostrativos 106
34. Indefinidos 108
35. Cuantitativos 111
36. Interrogativos 114
37. Numerales 117
38. Multiplicativos 120

X. Los adverbios
39. De modo 123
40. De tiempo 126
41. De lugar 129
42. Epistémicos 132

XI. Las preposiciones
43. De 135
44. Por, para, con y en 138

XII. Las conjunciones
45. Coordinadas y subordinadas 141
46. Disyuntivas 143
47. Conclusivas 145

XIII. Las interjecciones
48. ¡Ay! 149

Conclusión 151